

Semblanza sobre mi abuela

Por LAURA VITIER

Este año 2007 el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda recayó en la poetisa y ensayista cubana Josefina (Fina) García Marruz. Cuando la presidenta de la República de Chile, Michelle Bachelet, ponía en manos del Ministro de Cultura cubano Abel Prieto el prestigioso galardón, la América toda le hacía justicia a una de las más grandes representantes de las letras hispanoamericanas. Desde que conocimos la noticia tuvimos clara conciencia de que se imponía el justo homenaje, mas no queríamos tributar a Fina un agasajo frío y academicista que no calara la entraña mística y martiana de esta dignísima hija de Cuba. Con el presente trabajo *Espacio Laical* felicita a Fina y se suma a la inmensa alegría que este premio ha traído al mundo cultural cubano.

Mi abuela habita la poesía con auténtica sencillez y la comprende casi sin hablar, entre las pulsaciones de la luz y la música que es su esencia espiritual. Pero ella sabe y piensa que el amor es la fuerza mayor y única, la ley verdadera que todo lo rige. Su pensamiento agudo, su mirada reflexiva, toca las pequeñas cosas que se tornan profundas y reveladoras de verdades armónicas, propicias para encontrar la justicia que no es más que nuestra sed de Dios y a la vez Su obra.

Que una mujer como mi abuela escriba poesía no es nada extraño, su propia vida es ya una inspiración. Pero su oficio, las horas de desvelo, pertenecen a su obra ensayística, poco estudiada, siempre publicada a destiempo y retrasada por sus excusas de timidez y la inclinación natural a priorizar a los "otros" en la práctica asidua del servicio y de la humildad.

Pocas escritoras en Cuba y América poseen un conocimiento filosófico y una comprensión histórica y espiritual, a la vez que estudios tan minuciosos, como los de mi abuela. Y, sin embargo, brota de ella una pasión concentrada en medio del análisis exhaustivo, siempre desde el amor que es "quien ve". Ella funde un espejo que crea relaciones diversas con un aire conmovedor de original apertura.

Dan fe de esto sus reflexiones sobre temas y escritores espirituales, de manera peculiar *El libro de Job*, pero también San Juan de la Cruz, sor Juana Inés de la Cruz, y clásicos de la lengua como Cervantes, Bécquer, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, y los americanos Darío, Martí, Lezama, y la controvertida Juana Borrero. Son autores que cobran en su voz una metodología personal, desprejuiciada, a la cual le basta el lápiz, la mirada desnuda, el pincel de impresionista, pero antes le asiste una pasión de mujer y un respeto profundo, una ternura irresistible que devela y parece tocar como nadie esas vidas, esas letras, esas almas...

Un pensar a través del tiempo hace de un libro como *El amor como energía revolucionaria* un texto imprescindible para aquellos que mantienen el espíritu joven, como la manera de ser verdaderamente revolucionario y estar vivos. Escrito desde una libertad visionaria, una comprensión futurista de un Martí desconocido, mucho más útil y profundo que el que aparece en los discursos políticos, ofrece una práctica de la responsabilidad de ser creativos, activos, fundadores, fértiles desde la raíz.

Dice mi abuela: "No se puede aspirar a la libertad sino se parte de ella"; y luego en otro momento nos afirma, mientras deja el café a medias en la sala: "El odio es una reacción que debilita, el amor es una fuerza verdadera que funda".

Acompañada de una fidelidad creativa, y no pasiva, a Cristo, su obra tiende puentes desde la mirada de Martí, al dorado de la luz sobre las hojas en noviembre, un verso de San Juan de la Cruz que repite entre lágrimas como una adolescente, la Patria que, desde el amor, no es más que agradecer el misterio que nos acuna.

Cuando el desamparo cubre la vida como una noche interminable, cuando parece que Dios duerme indiferente, yo pienso en la voz de mi abuela, contándome todos los cuentos del mundo antes de dormir, mientras el jazmín merodea el muro de la casa viboreña.

Mujer que se escapa de las frivolidades de la vida intelectual, de la fama, los tecnicismos de moda, los roles y cualquier enmascaramiento, mi abuela Fina es siempre la muchacha de boina, amada por el poeta Cintio: es un ave, tímida, honda e incomprensida, una esencia de verdad en el mundo de los milagros sencillos.

Para mí, hablar de ella es tocar aquello que nos conmueve y enamora para siempre. Cuando ella y mi abuelo se miran, cuando cenamos juntos, cuando reparte el pan, la hora del café con leche se torna verdadera comunión y uno siente la bendición de un



amor perseverante y vivo. Abuelo viene más callado y demorado, grave y amante. Se hace silencio. Los amantes envejecen compartiendo el pan de la complicidad en sus horas, Cristo con y en nosotros.

En la mañana, después de largos desvelos en los que mi abuela piensa en sus hijos, sus nietos, en la vida misteriosa y latente, y su voz se ahoga ensoñando a Juan Ramón y a Martí, se asoma a la ventana y contempla la luz silenciosa. Yo trato de adivinar su oración única, ese comprender las bondades de Dios en la belleza del día, la amada luz que sus ojos convierten en oro, en rizos de mi padre, en las hojas de los árboles.



... mi abuela Fina es siempre la muchacha de boina, amada por el poeta Cintio: es un ave, tímida, honda e incomprensida.

Ella susurra agradeciendo al Señor por el hermano aire y la hermana agua; y luego, como una escolar sencilla, va hacia la cocina con alegría matinal a preparar el desayuno. La leche humeante, otra vez el café y las tostadas que siempre se queman, porque ella se detiene y viaja con su música a otra parte, vuela y sus ojos brillan. Compone y nombra las cazuelas, los objetos como el dios de las pequeñas cosas. Y el espíritu de mi tío Eliseo a veces se asoma y sonríe.

Abuela se entristece cuando no hay lugar para su amor, cuando abuelo también lo está, cuando alguien en la familia sufre, cuando yo estoy taciturna, cuando un niño no va al parque, o no conoce la Navidad ni los dulces, cuando se daña todo lo que se ama, y aún lo que desconocemos, cuando la vida transcurre en desamor.

Entonces advierto que mi abuela retiene con perfección asombrosa todo cuanto escucha. Su sentido musical es tan agudo que sus hijos lo heredaron como un don.

Abuela es feliz cuando la familia toda está junta, cuando escucha música, cuando abuelo sonríe, cuando la belleza persiste, cuando la justicia triunfa, cuando una verdad es develada, cuando recuerda a sus amigos y a su madre, cuando un joven descubre su fe, cuando se ama a Martí, cuando se menciona a Cuba con ternura.

Es una mujer tan sencilla, verdadera, la madre de mi padre, la siempre novia de mi abuelo, la hermana inseparable, el aire que toca como una espada santa nuestras humildes vidas, la que se silencia porque, como decía Borges, siempre hay algo más importante que hacer. Ella fue la primera noción de amor puro de mi vida, la otra parte de abuelo, el centro seguro de nuestra familia, mi refugio y siempre mi primera oración.